

El lunes 11, en la galería de Carmen Waugh, se presentará la biografía novelada de Fernando Alegría

“Allende. Mi vecino el Presidente”: visión de amigo que cumple una promesa

Salvador Allende, en su casa de calle Guardia Vieja, le pidió a Fernando Alegría una biografía. La historia demoró el inicio de la obra que sólo partió en 1985 y se terminó hace unos meses.

MAURA BRESCIA

Fue en la casa de Guardia Vieja que Fernando Alegría conoció a Salvador Allende. La fecha precisa no la recuerda, pero Allende ya estaba casado con Hortensia Bussi. Y la Tencha había sido compañera del escritor en el Pedagógico de Macul.

Así se hizo amigo con quien sería Presidente de Chile, y cuando Allende subió al gobierno lo nombró consejero en la embajada de Chile en Washington. Cuando Allende fue a Nueva York, le dijo a Fernando Alegría que una editorial española quería publicar una biografía oficial, y que “a él le gustaría que yo la hiciera. Yo le dije que por supuesto, que íbamos a conversar para ello”.

Se reunieron en un plano de trabajo y amistad; cada vez que el escritor venía a Chile se juntaban en la casa presidencial. Cuando vino el 11 de septiembre de 1973, Fernando Alegría supo de la muerte de Allende a la distancia. Pero no olvidó la promesa que le había hecho.

En 1985 empezó la biografía novelada *Allende. Mi vecino el Presidente*, que terminó a mediados de este año. Con este libro cumplió “con profundo interés y apasionamiento el deseo expreso que le hiciera Salvador Allende”. Le gusta el título porque “es una frase cordial, un poco desmitificando y aproximando al amigo, con quien compartí muchas cosas”.

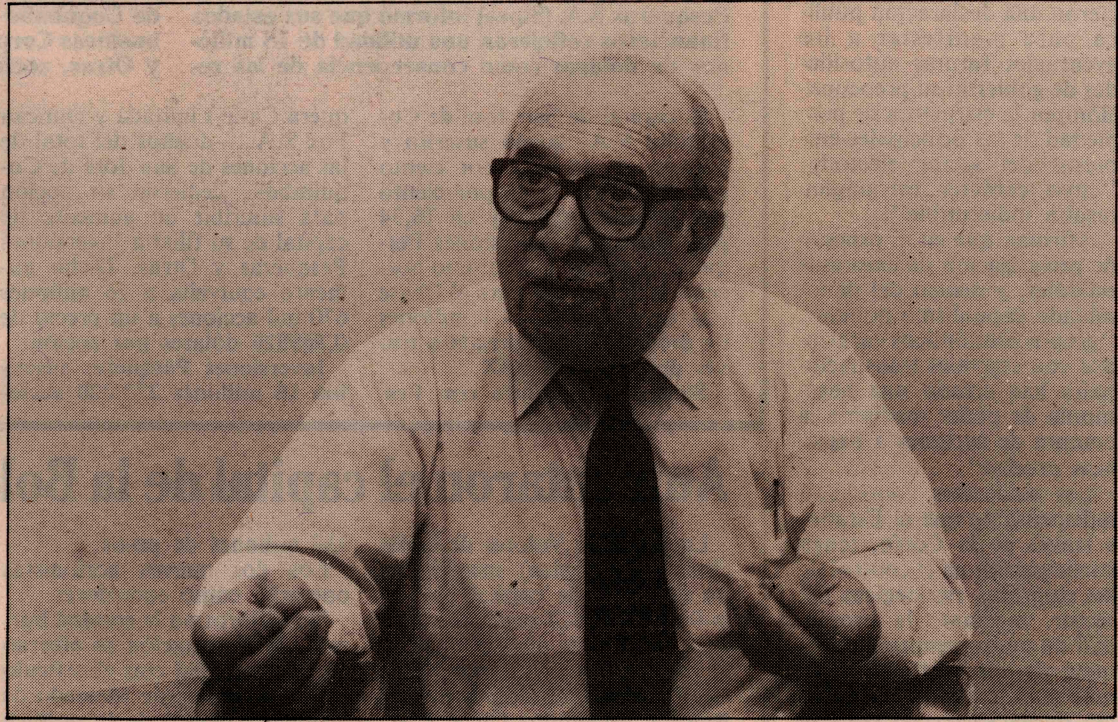
El libro, editado por Planeta, será presentado el lunes 11, a las 19 horas, en la galería de Carmen Waugh. En la ocasión hablarán Hortensia Bussi de Allende y Humberto Díaz-Casaneuva.

El epicentro de 1973

Fernando Alegría narra en el prefacio que “me gusta pensar en Allende como el luchador social que yo conocí: orgulloso, echado para atrás, buenos para los combos —a pesar de su miopía—, y, al mismo tiempo, galante y elegante, rendido ante las mujeres y, cosa que a muchos sorprendería, profundamente tierno con los niños, bondadoso y querendón. Sus familiares y amigos le decían Chicho. Había quienes lo llaman Pije...”

Explica que el libro es un intento de ver a Allende desde otro punto de vista, no solamente político, sino como lo puede ver a Allende un amigo que está tratando de entenderlo y comprenderlo en momentos difíciles. Su mayor esfuerzo fue poner la imagen de Allende, su persona y su obra dentro del contexto de la historia de Chile del siglo XX.

—Para mí, lo que sucedió en 1973 no es el comienzo ni el término de nada: es un epicentro en una crisis política de Chile que comenzó en el siglo XIX y



“Así como rehusé un libro de santos, tampoco creo que se pueda hacer un libro de aventuras”.



La portada que publicó Editorial Planeta.

se prolonga hasta hoy. Yo tuve la impresión, hacia el final, que Allende era un hombre muy solo; tuvo, claro, el cariño y el apoyo de su compañera, la Tencha, y de sus hijas. Pero hablando con perspectiva histórica, tengo la impresión que él está solo en la historia final”.

El autor cortó unas 80 páginas, “porque tenía la impresión que había demasiado detalle sobre la historia política, y como el libro es una novela biográfica quise aligerarlo, así que reestructuré muchas partes y abrevié otras”.

—¿Cómo plantea la imagen íntima de Allende?

—Como un joven que va encontrando su camino en planos esenciales para él. Por ejemplo, cómo se va formando su ideología política. Primero en Valparaíso con el contacto con gente del pueblo, trabajadores y jugadores de ajedrez que estaban empapados en la ideología anarquista de aquella época. Luego, a través de su trabajo como médico en los barrios obreros va encontrando el camino hacia una concepción socialista. En el

libro, veo a Allende, más que como un líder político, como un luchador social. Eso lo recibió por tradición, de su abuelo, el doctor Ramón Allende Padín, quien fue un destacado líder radical y masón. Allende emuló la imagen de ese abuelo.

—¿Y en su aspecto afectivo?

—La historia del encuentro de Allende con Tencha es novelesca. Ellos se conocen en medio de un terremoto. Tencha salía corriendo del cine Santa Lucía, y Allende venía huyendo de una reunión masónica. Un amigo común los presenta, se van a tomar un café, y ése fue el principio del amorío. Poco después, Allende y Tencha se van a vivir juntos a un departamento frente al cerro Santa Lucía. Al tiempo se casan, y Hernán Santa Cruz fue su padrino en el civil.

—¿Por qué el libro se presentará la misma semana de una elección presidencial?

—No tiene importancia decisiva si se presenta antes o después de las elecciones, porque, de todas maneras, creo que Allende está muy presente en estas elecciones.

—¿Cree que se habría podido

publicar durante la censura?

—No sé, francamente. No soy un escritor político, trato de presentar las cosas con objetividad, pero tampoco se puede ser totalmente objetivo tratándose de un amigo. La intención, por lo menos, no es la de intervenir en la querrela política por medio de este libro.

—¿Qué aspectos de Allende serán novedosos para el lector?

—Su capacidad de ternura, su gran bondad, que muchas veces aparecían oscurecidas por la personalidad fuerte de Allende, un hombre de palabras muy directas y concisas, que podía ser muy claro y a veces muy cortante. Sin embargo, Allende tenía algo en él que respondía inmediatamente al sufrimiento humano, y por otra parte, gran capacidad de comprensión y de cariño hacia los niños.

—¿Cómo evita caer en el acartonamiento o en el halago?

—De ninguna manera es un libro de santos. A un hombre de personalidad tan rica y variada como Allende no se le puede presentar desde un plano. Es un bromista a quien le gusta contar chistes, pero también un líder y profesional serio.

— ¿Quiénes no lo conocieron, ¿lo pueden comprender por su libro?

—Allende es una imagen histórica que tiene que ser redescubierta. Hay mucha leyenda sobre Allende, particularmente en relación a su vida íntima. Así como rehusé un libro de santos, tampoco creo que se pueda hacer un libro de aventuras.

—¿Cree apropiado hablar de Allende como el Presidente-mártir?

—Puede que sí, puede que no; como en el caso de Balmaceda. Creo que Allende tuvo plena conciencia de su historial político. Me gusta más pensar en Allende como una especie de actor de una tragedia que entra deliberadamente al acto final.

—¿Creció históricamente con ese acto final?

—No me cabe la menor duda. Allende actuó con mucha visión histórica, y con un gran instinto cuando no quiso retirarse de La Moneda, sino que afrontar hasta las últimas consecuencias, con el destino en sus manos. Es un final sorprendente, el que yo le doy, y lo cuento en forma metafórica y novelística.